

Una fe encarnada

Juan Manuel de Prada

Escritor. Director del programa *Lágrimas en la lluvia*

Recibí la fe de mis mayores, del modo más sencillo y natural, como ocurría todavía en muchas familias españolas de extracción humilde, allá por los años setenta. En esta transmisión de la fe jugó un papel medular mi abuela Ceferina, que llenaba sus días de innumerables prácticas piadosas, devota de San Antonio de Padua y de Santa Rita de Casia, incansable rezadora del rosario y asistente a casi todas las novenas que se celebraban en honor de la Virgen en la ciudad de Zamora, donde crecí. Yo la acompañaba a dichas novenas (mi favorita era la de María Auxiliadora, pues los salesianos nos obsequiaban a los asistentes con estampas, distintas cada día, que yo coleccionaba), le leía en voz alta las hojillas del almanaque del Sagrado Corazón y las meditaciones de su devocionario (mi abuela padecía de cataratas) y rezaba con ella el rosario. Por haberlas vivido de un modo tan entrañable, soy defensor acérrimo de

las devociones populares; y me repatean mucho los puristas y los estirados que tratan de erradicarlas, so capa de sustituirlas por una fe más «madura», más «adulta» y no sé cuántas memeces más. La fe que me transmitió mi abuela no era una fe inmadura ni idiotizada ni parapléjica; era la fe de los sencillos, la fe más viva y hermosa del mundo.

Mi abuelo Juan Manuel, en cambio, era un tanto descreído, con ribetes anticlericales bastante marcados; pero jamás osó pronunciar delante de mí una palabra que hiciese daño a mi fe ardiente. Y, hasta el día en que me confirmé, fue el encargado de llevarme de la mano a misa, domingo tras domingo. Ahora, con el paso de los años, valoro extraordinariamente esta actitud de mi abuelo, que revelaba una comprensión comunitaria de la fe: tal vez tuviese muchas dudas sobre el dogma católico, y desde luego profesaba inquina a los cu-

ras, pero entendía que la fe compartida y transmitida es la argamasa sobre la que se sostiene cualquier comunidad humana (empezando por la propia familia); y a esta tarea se encomendó con denuevo.

Esta fe pujante de la infancia sufriría muchos embates durante la adolescencia y primera juventud. Es verdad que llegué a pensar en la posibilidad de estudiar para cura; pero la vocación literaria se impuso, vigorosa y vehemente, acallando otras llamadas. Durante algún tiempo, incluso, esta vocación literaria se confrontó con mi fe, infligiéndole heridas que tardaron en cicatrizar; y aunque me debatí en algunas crisis desgarradoras y unamunianas, lo cierto es que nunca renegué de la fe. Luego se ha divulgado por ahí que yo era un converso, incluso se ha publicado en algunos libros ineptos tal cosa. Es verdad que nunca he sido un escritor de literatura pía, sino más bien profana y aun, por momentos, escabrosa; pero –como Baudelaire– no creo que la misión del escritor católico sea ocultar la acción del mal en nuestras vidas.

Cuando mi vocación literaria prosperó y empecé a publicar, descubrí que los ambientes culturales eran extraordinariamente hostiles a la Iglesia católica. Fue entonces

cuando empecé a defenderla, a veces de forma belicosa y provocativa. Creo que en un principio lo hice para «epatar» –pues como escribió Chesterton, «la ortodoxia es la única forma de heterodoxia que nuestra época no admite»–, pero pronto este impulso polemista (frívolo, si se quiere), sucumbió ante una razón más poderosa: sin apenas darme cuenta, estaba redescubriendo mi fe; estaba resucitando en mí aquella fe que me habían transmitido mis mayores, convertida ahora en una insospechada fuerza motriz. De repente, los dogmas que yo había profesado de manera mecánica o inerte formaron una especie de aleación indestructible y vivificadora, proporcionándome una visión completa y cabal de las cosas: la fe, que hasta entonces había permanecido recluida en mi conciencia (o que, en todo caso, había exhibido provocativamente a modo de floripondio cuando tocaba «epatar»), se derramaba sobre las realidades naturales del mundo, encarnándose en ellas y transfigurándolas. Este ha sido uno de los más grandes acontecimientos de mi vida interior e intelectual, tal vez el más grande de todos; fue un proceso paulatino que ocurrió a lo largo de varios años (que tal vez todavía esté ocurriendo), no exento de dificultades y quebrantos: la fe en Cristo, encarnada en las diversas

Una fe encarnada

realidades naturales (políticas, económicas, sociales, etc.), me reclamaba una visión distinta del mundo en la que los trampantojos de las ideologías se derrumbaban estrepitosamente. Fueron años de oración muy intensa, de lecturas transformadoras e indagación espiritual y teológica que hallaron su plasmación –seguramente defectuosa e insuficiente, pero llena de entusiasmo– en el programa *Lágrimas en la lluvia*, en el que tra-

té de penetrar en las grandes cuestiones de nuestro tiempo a la luz de la fe. También fueron años en los que me topé con el fariseísmo enquistado en el corazón de la Iglesia, gangrenando a sus jerarquías; y en algunos momentos mi fe tembló como un junco.

Pero no se quebró. Y pido a Quien me ha acompañado en este viaje apasionante que no deje que se quiebre nunca. ■